

La soledad en la poesía amorosa de Mario Benedetti

LONELINESS IN MARIO BENEDETTI'S LOVE POETRY

GLORIA DOLORES MARTÍNEZ-FABELA*

Resumen: Se analizó la relación paradójica entre el amor y la soledad en los poemas "Amor, de tarde" (*Poemas de la oficina*, 1953-1956); "Luna congelada" (*Contra los puentes levadizos*, 1965-1966); "Rostro de vos" y "Soledades" (ambos de *Poemas de otros*, 1973-1974), del escritor uruguayo Mario Benedetti. Se hizo énfasis en la forma en que el lenguaje coloquial da cuenta de la presencia del deseo, la nostalgia, la esperanza, el vacío existencial, el alejamiento, la ruptura y la memoria como elementos fundamentales de la experiencia amorosa.

Palabras clave: análisis literario; literatura latinoamericana; afectividad

Abstract: We analyzed the paradoxical relationship between love and loneliness in the poems "Afternoon's love" (*Office poems*, 1953-1956); "Frozen moon" (*Against drawbridges*, 1965-1966); "face of you" and "Loneliness" (both from *Poems by others*, 1973-1974), by the Uruguayan writer Mario Benedetti. We emphasized the way in which colloquial language gives account of the presence of desire, nostalgia, hope, existential void, separation, breakup and memory as fundamental elements of the loving experience.

Key Words: poetry; literary analysis; Latin American literature; emotions

*Instituto Michoacano de Ciencias de la Educación "José María Morelos", México

Correo-e:
gloriadoloresmartinez@gmail.com

Recibido: 17 de septiembre de 2015
Aprobado: 13 de enero de 2016

La obra de el poeta uruguayo Mario Benedetti (1920-2009) es prolífica y versátil; rebasa los ochenta títulos, entre los que se encuentran volúmenes de ensayos, cuentos, novelas, poemas y piezas teatrales. Es uno de los escritores más leídos en lengua española y ha sido traducido a más de veinte idiomas.¹ El impacto de Benedetti en la poesía latinoamericana es significativo. Mónica Mansour (1979), Lluís Alpera (1998), Nancy Morejón (1998) y Carmen Alemany Bay (1997) atribuyen esa relevancia a que su escritura muestra ante todo un sentir que pesa, que preocupa, que duele, y que es necesario evidenciar mediante la literatura. Estos autores destacan también que los textos del uruguayo parecen mostrar que es la vida misma la que revela al literato los temas que aborda:

El poeta, al menos el coloquial, se convierte a través de este tipo de composiciones en un mero transmisor de lo que está ocurriendo en la vida cotidiana: el lenguaje y la realidad se imbrican para crear un arte de la poesía que va al parejo al arte de la vida (Alemany Bay, 1997: 131-132).

Hay que buscar la forma en que la poesía de Benedetti toca al lector en su manera de abordar la materia. Con justicia, se le ha atribuido una estética ligada al coloquialismo y a la sencillez expresiva, pues al igual que escritores como José Emilio Pacheco, Roberto Fernández Retamar o Roque Dalton, el uruguayo concibió un tipo de literatura de características definidas y muy peculiares, a partir del uso de un lenguaje que a simple vista resulta muy difícil distinguir del usado en la cotidianidad. Su aparente simplicidad no es de forma alguna gratuita, porque el asumir creativamente la palabra al margen de los abundantes recursos retóricos de los que dispone la lírica contemporánea le permite denotar claramente una época, un espacio, una historia, así como un

1 Es importante destacar que el escritor participó decididamente en las causas políticas de la izquierda desde principios de la década de los cincuenta, razón por la que en 1973, como consecuencia del golpe militar, se vio obligado abandonar su patria e iniciar un exilio que duró diez años.

sentir muy particular ligado a las circunstancias de Uruguay y de América Latina.

También es claro que en la estética de Benedetti se encuentra el sugerente —e implícito— diálogo que puede establecerse con el posible lector. Por supuesto, de un modo u otro la lectura siempre implica un coloquio entre autor y receptor, mas el rasgo al que aludimos aquí es estilístico. La poesía del uruguayo está fincada en la narratividad, de la cual emergen lugares, situaciones y contextos que parecen comunes tanto a quien lee como a quien escribe. Esta es otra de las razones por las que el poeta se ubica como un representante de la “poesía coloquial o conversacional” (Mansour, 1979: 9) dentro de las letras hispano-americanas.

Al surgir del mundo real y cotidiano, la poesía de Benedetti muestra al Uruguay en crisis, los años de exilio, la injusticia, la pobreza, el abuso de poder y la voz subversiva del sujeto lírico. Por ello, esta literatura ha sido catalogada también como “de protesta”, “social” o “comprometida” (Mansour, 1979: 9). El poeta no se queda aquí, pues también trata temas muy personales e íntimos, como el amor, la nostalgia y la fe, entre otros. Precisamente, es en este aspecto en el que queremos detenernos ahora.

Hay diversos estudios sobre el amor en la lírica del uruguayo, pero no desarrollan específicamente el tópico que nos interesa. Se trata de reflexiones u observaciones aisladas, o bien, opiniones que nombran la soledad de forma general, refiriéndose con frecuencia a ella como secuela originada por la experiencia del exilio o el extravío de sí mismo. Como afirma Mónica Mansour: “Parecería entonces que enajenación, exilio y soledad están íntimamente relacionados entre sí. Distintos tipos de soledad son consecuencia de los exilios” (2000: 148).

En este sentido, Alemany Bay (1997: 93) destaca que la soledad es un tópico al que con frecuencia recurren los poetas coloquiales; el caso de Benedetti no es la excepción, sobre todo en cuanto a la obra producida durante el periodo de su exilio. Una faceta de la expresión de la soledad está relacionada con el sentimiento amoroso. Este vínculo apenas ha sido

abordado por la crítica, permanece soterrado por el flujo de otros estados anímicos, es casi invisible entre los gestos y los versos del amor feliz, del enamoramiento o de otros conflictos que rodean el discurso del uruguayo.

Para nuestro estudio, elegimos textos que Benedetti definió como amorosos al reunirlos en una antología que llamó *El amor, las mujeres y la vida* (1997).² Al interior de este volumen, cuatro poemas conjugan el amor y la soledad: “Amor, de tarde”, tomado de *Poemas de la oficina* (1953-1956); “Luna congelada”, de *Contra los puentes levadizos* (1965-1966); “Rostro de vos” y “Soledades”, de *Poemas de otros* (1973-1974). A primera vista, el eje semántico amor-soledad aparece como una relación paradójica. Cabe entonces preguntarse si la soledad es consecuencia del amor o viceversa, si tales sentimientos pueden coexistir o se anulan. Estas interrogantes nos permiten explorar la forma en que Benedetti aborda ambos temas.

AMOR Y SOLEDAD

El amor es un motivo constante en las letras occidentales. Como afirma Octavio Paz: “Una de las funciones de la literatura es la representación de las pasiones; la preponderancia del tema amoroso en nuestras obras literarias muestra que el amor ha sido una pasión central de los hombres y las mujeres de Occidente” (1993: 102). Sin duda, en estos textos la presencia o ausencia del amor afecta de manera significativa la vida de los individuos.

Por supuesto, para iniciar nuestro análisis hace falta plantear una definición mínima del amor. Existen muchas propuestas, dependiendo de las culturas y los tiempos. El tema está sujeto a un amplio debate que permite formular una serie de interrogantes para las cuales no existen respuestas específicas y válidas en todos los casos. Queremos dejar en claro que el tipo de amor que ahora tocaremos implica el erotismo; no se trata de un apego fraterno, filial o de la amistad, ni tampoco de la mera sexualidad.

² De forma paradójica, el título alude al libro *El amor, las mujeres y la muerte*, del filósofo alemán Arthur Schopenhauer.

El hombre se ha preguntado con frecuencia si el amor cambia y trasfigura a los seres, si es la sustancia y el pan de todos los días, si es un sentimiento que modifica radicalmente panoramas, si es la razón más pura de la existencia humana, si no sólo ennoblece sino también derrota y destruye, si es un motor que equilibra la vida de los individuos o los hace eternamente felices o desdichados. Como puede suponerse, las respuestas han sido muy variadas, más aún, se ha llegado a la conclusión de que el amor constituye una vivencia muy personal y sujeta a múltiples experiencias.

No por esta razón vamos a dejar de ofrecer brevemente una definición amplia y de carácter operativo del referido sentimiento, al tiempo que establecemos a grandes rasgos la relación que puede tener con la soledad. Partiremos de la concepción general que Octavio Paz plantea en *La llama doble*. Entre las ideas del escritor que consideramos oportuno tener presentes se encuentra que el amor está más allá de ser un mero sentimiento: constituye una necesidad propia de los seres humanos, un vínculo afectivo que vuelve único e irrepetible a quien participa de él, siendo amado. Surge cuando el sujeto descubre una especial inclinación por alguien en particular. Al sentirse existencialmente incompleto, el individuo asume que tiene una carencia vital, que hay un vacío en su interior y es urgente remediarlo (Paz, 1993: 75). Esta necesidad (y experiencia) humana nace de la incesante atracción por otra persona. El enamorado quiere, desea, busca el amor y se deja fascinar por la persona escogida, a quien concibe como única. “El amor es elección”, sentencia Octavio Paz (1993: 33).

Dicho sentimiento no sólo aparece como una urgencia propia del hombre, que quiere realizarse en el encuentro con el ser amado; también se muestra en el añejo ritual que se da en todo el artificio que implica el enamoramiento, “un proceso en el cual la otra persona, que hemos encontrado y nos ha respondido, se nos presenta como objeto pleno de deseo” (Alberoni, 2011: 30).

El amor implica necesidad, carencia, atracción, anhelo, entrega, fusión y complemento, palabras tan

comunes como significativas para expresar dicha vivencia. Es válido recordar entonces que cada ser humano experimenta el sentimiento amoroso con distinta intensidad. Por esta razón, incluso hay quien afirma que quizá amar es vivir, y por tanto, también es felicidad; o quizá se asemeja a morir, y en consecuencia constituye pena y sufrimiento: “Por eso en el amor, al lado de la felicidad siempre existe una nota de tristeza” (Alberoni, 2011: 38).

Si el amor es deseo de comunión o reunión para superar el estado de separatividad,³ hay también una situación de soledad que se da cuando no se anula la ausencia. No aludimos aquí al aislamiento que se vive como la falta voluntaria de compañía, sino a la pesadumbre que surge por la carencia concreta del ser deseado. También podemos ubicar aquí, aunque en otro plano, el estado de soledad y el vacío que se presentan al enamorarse en silencio, sin decir palabra o dar una señal delatora, lo cual puede ser entendido como parte de un ritual amoroso (Barthes, 1982: 260).

En este sentido, los estudios psicológicos definen la soledad como “un estado consciente y singular, personal e independiente” (Meneses Morales, 1967: 331).⁴ Se considera una experiencia subjetiva diferente al aislamiento social (del gremio, por ejemplo), que deriva de las deficiencias en las relaciones interpersonales. Por ello, se deduce que con frecuencia la soledad constituye una experiencia estresante y ‘displacentera’. Así, algunos rasgos que se asocian con ella son la ausencia de emociones positivas, como la felicidad o el afecto, y la presencia de sentimientos negativos, como el miedo y la incertidumbre.

También es posible concebir la soledad como un tipo de privación ligada a la naturaleza de las relaciones ausentes. Aquí se contemplan tres aspectos

3 “La vivencia de la separatividad provoca angustia; es, por cierto, la fuente de toda angustia. Estar separado significa estar aislado, sin posibilidad alguna [...] De ahí que estar separado signifique estar desvalido, ser incapaz de aferrar el mundo —las cosas y las personas— activamente” (Fromm, 1995: 19).

4 El sentimiento se desprende de una emoción, la cual se entiende como un estado afectivo intenso o breve, originado por una situación, pensamiento o imagen agradable o desagradable, que activa o excita al sujeto. Además, “los sentimientos, cualquiera que sea su origen, son siempre reacciones a cierta clase de experiencia” (Meneses Morales, 1967: 332).

cruciales: sentimientos de privación concernientes a la falta de un apego íntimo, sentimientos de vacío y sentimientos de abandono. La tipología citada se establece al vincular los referentes sociales e interpersonales de carencia afectiva. Los más claros son la familia, la pareja, los amigos, los compañeros de trabajo y el bienestar personal (Montero y López Lena y Sánchez-Sosa, 2001: 148).

Por último, para entender las dimensiones de la soledad es crucial contemplar su duración. Puede aparecer de manera permanente o crónica, cuando dura años; temporal, cuando está ligada a situaciones estresantes, por ejemplo, el divorcio, la muerte de la pareja, los padres o los hijos; o transitoria, cuando se asocia comúnmente con brotes esporádicos y breves del sentimiento. También se debe considerar el factor ‘resignación’, que alude al hecho de que el sujeto atribuya a otros la causa de su aislamiento.

LA SOLEDAD Y EL AMOR EN LA POESÍA DE BENEDETTI

Iniciemos nuestro análisis con el texto “Amor, de tarde”, donde se muestra el tono coloquial expresado en un lenguaje sencillo y directo. Los dos primeros versos de cada una de las tres estrofas que componen el poema son iguales, sintácticamente hablando. Su variación semántica refiere el paso del tiempo. Expresan un suave y resignado lamento cuyo origen está en el deseo, o bien, en la nostalgia que la voz lírica siente por la amada, en un espacio en el que los instantes transcurren lentamente. Debido a la ausencia, se presentan los signos de la soledad, tipificada como un vacío. A esta interpretación se suma el sentir del sujeto lírico, quien sufre y lamenta su situación, perturbado y anclado a un trabajo monótono y de oficina en el que ha dejado de ser él, pues se cosifica y actúa mecánicamente. Se siente ‘una manija’, ‘dos manos’ y ‘un oído’. El vacío lo invade.

El latente anhelo del encuentro amoroso se reafirma en la tercera y última estrofas, aunque el elemento sorpresa y el verbo condicional ‘podría’ sugieren acciones hipotéticas o posibles. Asimismo, este anhe-

lo connota la desbordada fantasía de la voz lírica, que crea el saludo, el beso y el acercamiento. Es imaginación hecha deseo. Aun ante estos acontecimientos ilusorios no deja de presentarse la nostalgia debida a la ausencia y el evidente afán por la amada. El poema es la muestra tangible de la soledad como consecuencia de la necesidad de afecto. Así, en este texto el sujeto lírico padece la falta de la mujer que ama y expresa su deseo de complemento y realización con ella. No hay duda, como diría Octavio Paz, de que: “El hombre es nostalgia y búsqueda de comunión” (1970: 82). “Amor, de tarde” es la encarnación de ese sentimiento de soledad que embriaga al poeta, pero también el testimonio de la necesidad natural del hombre por sentirse querido.

“Luna congelada” carece de signos de puntuación —salvo por el punto al final del poema—, una característica del estilo coloquial de Benedetti. Esta obliteración no constituye un freno para construir los sentidos del texto. La sintaxis misma conduce el poema sin mayores dificultades y permite las fluctuaciones de un ritmo poco artificioso que se consigue con construcciones anafóricas y paralelismos variados. En el proceso de la enunciación no existe referencia a un interlocutor en particular. Sin duda, se trata de una mujer a quien quiso el sujeto lírico y que perdió por alguna razón. Podemos decir entonces que de manera indirecta se distinguen la ausencia de la amada y la acre nostalgia del poeta. Pero esta sencillez oculta también un manejo retórico de los sentimientos que genera el texto.

El primer verso de “Luna congelada” se repite al inicio de la segunda y la tercera estrofas, en tanto que el estado de ánimo se va intensificando gradualmente mediante construcciones anafóricas subsecuentes. El sujeto lírico insiste en la desmedida soledad que lo aqueja en un ambiente nocturno, solitario, frío y silencioso, plagado de amenazas:

con esta soledad
de sagradas goteras

5 Todas las citas pertenecientes a *El amor, las mujeres y la vida* corresponden a Benedetti, 1997, por lo cuál sólo se anota el número de página.

de lejanos aullidos
de monstruos de silencio⁵ (30).

Sin duda, hay fuerza en estas imágenes que atizan el sentimiento de aislamiento al hiperbolizarlo. Es una soledad que nos habla de un goteo permanente, repetido en medio de la calma; es también el estrépito salvaje y amenazador de los aullidos que pueblan la quietud de la noche con su dosis atávica de espanto. El silencio, entonces, ya no es la mera ausencia de sonido, sino algo descomunal que acecha y aterroriza. Son estos ‘monstruos’ los que rodean al solitario que intenta de alguna manera reanudar su amor ido.

Podemos ver que la atmósfera que genera el poema está asociada al sosiego. Tal parece que el tiempo se detiene y un estado de desvelo, alerta y zozobra se posesiona del sujeto lírico. Solo, permanece en la noche dejando fluir su triste pensamiento y una sensación de amargura. Se perciben los grandes rasgos de miedo y dolor que aquejan al aislado meditabundo. Y el retraimiento aparece como el origen de la quieta angustia que mantiene al poeta en vigilia. En este sentido, las anáforas de la segunda estrofa son certeras y ayudan al lector a descubrir el arraigado sufrimiento del hombre pensativo.

La soledad también se identifica mediante los rasgos del vacío vital, secuela de la ausencia. Sin embargo, atenazado por esa condición el sujeto lírico alberga la esperanza en la resurrección del amor, como lo dejan ver estos versos:

con esta soledad
inservible
vacía

se puede algunas veces
entender
el amor (30).

Sin duda alguna, la soledad que se asocia con la quietud existencial tiene un carácter transitorio y es quizá la experiencia emocional más efímera, pero a veces necesaria, que permite la liberación de las

propias penas y la comprensión del amor, justamente por el desamparo que deja.

“Rostro de vos” tiene un estilo coloquial, los signos de puntuación están ausentes —salvo por el punto al final del texto—, y una acusada narratividad retarda el *tempo* del poema mediante la enumeración, lo que contribuye a proporcionar un tono meditativo y lánguido. En la estrofa inicial se plantea el recuerdo amoroso en términos de un sentir paradójico que será constante a lo largo de la mayor parte del texto. Por esta razón, la soledad no será por completo vacía, pues la ausencia de la amada estará poblada por la multitud de recuerdos que perviven en la memoria de quien añora. La soledad y la melancolía invaden al amante, mientras él afirma: “me abrazo a tus ausencias / que asisten y me asisten” (44).

Al sujeto lírico le queda aún la posibilidad de recordar el cariño apasionado, espontáneo y hasta furtivo, “de primeras de cambio / y de último vagón” (44). También cuenta con la posibilidad de mitigar su nostalgia y deseo con la memoria de lo que fue. Quizá por eso transforma sus recuerdos alegres, agolpados, en una procesión ordenada “por colores / tamaños / y promesas” (44). El *pathos* melancólico del poema está reforzado por la atmósfera nocturna. Quien ama se envuelve en la noche para exhalar su tristeza mediante construcciones diafóricas e hipérbolos que intensifican su soledad.

Pero este obstinado deseo no es sino un duelo. En el sujeto lírico predomina la necesidad de las memoranzas amorosas y de mantener su soledad como condición para hacerlas llegar, para invocar al objeto de su pasión. Por eso se aleja de la imprudencia y mundanidad de terceros, poniendo una “escoba / tras la puerta” (45). Se trata de un aislamiento querido y permitido para llamar al amor, una soledad de dos en la que el deseo sólo es de él. Acaso la separación se debió a la amada y el sujeto lírico no le reprocha que lo haya dejado de querer. Desdichado, el abandonado hace del amor una necesidad humana y compara su deseo con el hambre, al ser ambos una aspiración a la completud. Pero su anhelo puede ser aún mayor, como se ve en el cierre del poema,

porque lo que la ausencia y el recuerdo de la amada provocan “es una soledad / tan desolada” (45), que incluso lo afecta cuando en los mismos recuerdos el rostro de ella ya no se dirige a él, ya no lo mira.

El poema “Soledades” muestra rasgos coloquiales marcados, por ejemplo, evita la puntuación —salvo por el punto al final del poema—, y juega con la relexicalización al inventar las palabras ‘presoleidad’ y ‘buenagente’, con fortuna expresiva. En las primeras estrofas el sujeto lírico se mantiene en un estado melancólico y pesimista. Niega la existencia de la felicidad y atribuye a otros su juicio más profundo: “Ellos tienen razón” (56). Enfrascado en su sentir, minimiza el sentimiento de tristeza e insiste en que los sentimientos agradables, placenteros, incluso el amor, terminan en una soledad fatal:

después de la alegría viene la soledad
 después de la plenitud viene la soledad
 después del amor viene la soledad (56).

Ubicado el poeta en esta tesitura y con una certeza que no deja lugar a dudas, el tiempo incluso se absolutiza en un minuto, en un instante en el que la soledad se le revela por completo. Esto sucede mientras la conciencia del sujeto lírico está desdoblada, como si se midiera dialogando consigo mismo:

ya sé que es una pobre deformación
 pero lo cierto es que en ese durable minuto
 uno se siente
solo en el mundo (56).

En el pesar del poeta figura la ausencia de la amada. Seguramente, el estado en el que se encuentra es consecuencia de la ruptura y la separación. Su soledad es tan fuerte que le invade el sentimiento de abandono. No existe nada en la vida que evite su dolor:

sin asideros
 sin pretextos
 sin abrazos

sin rencores
sin las cosas que unen o separan (56).

La objetividad con la que el sujeto lírico enuncia su melancolía por el alejamiento de la amada deja ver el dolor propio del despecho y la impotencia. Así, no deja de sentir nostalgia y encara lo posible e imposible de su anhelo. Pero en esta ineludible separación, al parecer lacerante para ambos, persiste una cierta desidia, pues el poeta está convencido de la dificultad de volver al tiempo anterior de dicha porque ya se levanta entre él y su amada “una frontera de palabras no dichas / entre tus labios y mis labios” (47).

Guarecido en su nostalgia, el sujeto lírico afronta entonces su aislamiento y el de su amada con desdén: “si se mira por sobre el hombro mustio / de nuestras soledades” (57); pero pervive en él la conciencia y la humildad para soportar su padecer, claro, sin retoques y exhalaciones retóricas propias del poema romántico, cargado de manifestaciones enfáticas para expresar las emociones.

En esta atmósfera de incertidumbre se nota la resignación del sujeto lírico, quien a pesar de que por momentos evade su condición, muestra su necesidad y deseo de estar de nuevo con aquella a quien añora: “otra vez estás vos” (58). Sin embargo, esta manera paradójica de invocar la compañía de la amada, reforzada en el verso “aunque sea preguntándote a solas” (58), revela el profundo sentimiento de soledad en el que ya se halla sumergida la pareja, la certidumbre del fin de su historia de amor, pero sobre todo su duelo.

CONCLUSIONES

En los cuatro poemas analizados hay un vínculo inseparable entre el amor y la soledad. En esencia, esta última se presenta como un sentimiento de pesadumbre —llega incluso al dolor— que perfila y también acicatea el afecto. Así, en “Amor, de tarde” la soledad se finca en las secuelas de un cariño que se ha ido, y que a pesar del transcurrir del tiempo

pervive en el deseo como nostalgia. En “Luna congelada”, el aislamiento está construido mediante el vacío vital, pero asociado con la esperanza del amor. En “Rostro de vos”, el sentimiento de soledad es paradójicamente la consecuencia del recuerdo del cariño ya ido. En “Soledades”, se trata una separación, pero también se aborda la condición solitaria de los enamorados después del alejamiento y la ruptura.

Los poemas dejan ver que la soledad es la consecuencia de los conflictos amorosos: la separación, la ausencia y la ruptura con la amada son las situaciones que configuran el sentir del sujeto lírico. Así, independientemente de ser una condición natural del ser humano, los detonantes de la soledad son los problemas que surgen en la relación afectiva. Dicho estado de separación inunda la conciencia y el sentir del hombre.

Los poemas de Benedetti son, sin duda, claros ejemplos en donde dos sentimientos contradictorios coexisten, incluso puede decirse que uno como consecuencia del otro. En estos textos el amor y el anhelo de comunión se reafirman como las necesidades más íntimas del hombre, y mientras no se satisfagan siempre va a estar la soledad.

REFERENCIAS

- Alberoni, Francesco (2011), *Enamoramiento y amor*, México, Gedisa.
- Alemaný Bay, Carmen (1997), *Poética coloquial hispanoamericana*, Alicante, Universidad de Alicante.
- Alpera, Lluís (1998), “La poesía coloquial en Mario Benedetti y en Vicent Andrés Estellés”, en Carmen Alemaný Bay, Remedios Mataix y José Carlos Rovira (eds.), *Inventario cómplice*, Alicante, Universidad de Alicante, pp. 311-318.
- Barthes, Roland (1982), *Fragmentos de un discurso amoroso*, México, Siglo XXI.
- Benedetti, Mario (1997), *El amor, las mujeres y la vida*, México, Santillana.
- Fromm, Erich (1995), *El arte de amar*, México, Paidós.
- Mansour, Mónica (1979), *Tuya; mía, de otros. La poesía coloquial de Mario Benedetti*, México, Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM.
- Mansour, Mónica (2000), “Rescatar las palabras perdidas”, en Rómulo Cosse (coord.), *Mario Benedetti, papeles críticos*, Montevideo, Linardi y Risso, pp. 143-156.



Toluca (2016). Técnica mixta: Quintín Valdés.
Prohibida su reproducción en obras derivadas.

- Meneses Morales, Ernesto (1967), *Psicología general*, México, Porrúa.
- Montero y López Lena, María y Juan José Sánchez-Sosa (2001), “La soledad como fenómeno psicológico: un análisis conceptual”, *Salud Mental*, vol. 24, núm. 1, pp. 19-27.
- Morejón, Nancy (1998), “Mario Benedetti: una poética del acontecimiento”, en Carmen Alemany Bay, Remedios Mataix y José Carlos Rovira (eds.), *Inventario cómplice*, Alicante, Universidad de Alicante, pp. 371-389.
- Paz, Octavio (1970), *El laberinto de la soledad*, Madrid, Siglo XXI.
- Paz, Octavio (1993), *La llama doble. Amor y erotismo*, México, Seix Barral.

GLORIA DOLORES MARTÍNEZ FABELA. Estudió la Licenciatura en Letras Latinoamericanas en la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM), México. Fue fundadora e integrante del consejo editorial de la revista *Cambio de Piel* y colaboró con reseñas y poemas en la misma publicación y en *La Hoja Murmurante*. Labora como docente en el nivel medio superior en el Instituto Michoacano de Ciencias de la Educación “José María Morelos” (IMCED), México.